¿El suelo habla?

Guillermo Mora

El crecimiento es vertical, aunque tumbados somos más altos. Paso la mayor parte del día de pie. Pierdo estatura según avanza el día, dicen que entre uno y dos centímetros. Cuando llega la noche me acuesto y cierro los párpados. Caigo y mi cuerpo comienza a alargarse en la cama, se expande. Concilio el sueño en paralelo a la línea de horizonte. El horizonte es donde empieza a suceder la noche. Mi cuerpo en horizontal es también una línea divisoria. Cuando estoy tumbado soy un trazo que divide mi habitación en dos planos. Hay cosas por encima de mí y hay cosas por debajo de mí. Soy una línea que rellena un sandwich de techo y suelo. Los pensamientos van y vienen, suben y bajan. Mezclo incoherentemente las imágenes del día. Duermo. Sueño. En horizontal aparecen mis miedos y mis deseos. Horizontal es crecer de otra manera. Pasan las horas, vuelve de nuevo el día, abro los ojos. Me despierto, mi cuerpo se alza, mi cabeza se distancia del suelo, piso firme, tomo impulso, cambio de posición. Dejo de estar en horizontal, dejo de estar en el lugar de las ocho horas, dejo el estado donde los cuerpos se abren y crecen. Estoy de pie, erguido. Agua en mi cara. Alimento en mi estómago. Cubro mi cuerpo. Me miro en mi reflejo. Cruzo el umbral de la puerta de mi casa. Estoy fuera, en la calle. Llevo todo lo que necesito. Me presento al mundo en vertical. Deseo estar en horizontal.

Camino al estudio. Tropezco ligeramente. Tropezar es una de las consecuencias de caminar. Cuando tropiezas, puedes caer al suelo. Si caes, tu cuerpo está en horizontal, en la misma posición que cuando duermes. El cuerpo también está hecho para tocar el suelo. Caer no está del todo mal. Continúo mi camino. Un kilómetro más adelante me encuentro una moneda de un euro en la acera de la Vía Carpetana. Desde que Hera está conmigo soy más consciente de todo lo que sucede por el suelo. Me agacho a coger la moneda y la guardo en mi mano derecha. Jugueteo con el euro entre mis dedos. Pienso en qué posición quedaría si la lanzase al aire. Persi Diaconis aseguró que, teniendo unas circunstancias perfectas para el lanzamiento, la moneda podría caer de canto una de cada 6.000 tiradas. Dicen que si la moneda queda de pie, la suerte está de nuestro lado. Prefiero pensar que la fortuna se encuentra en las otras 5.999 veces, cuando reposa en horizontal y apoya uno de sus lados contra el suelo. Me gusta imaginar que el suelo de repente habla y que la moneda quiere escuchar lo que sucede por debajo. El suelo es lo que queda por debajo de nosotros. El suelo es todo lo que ocurre por debajo de la línea de horizonte.

Llego al estudio. Busco un horizonte dentro. Pienso si estar en vertical es difícil. Estar en horizontal es otra cosa. Rara vez apoyo mi cabeza contra el suelo para escuchar lo que hay bajo nosotros. Lo más cerca que está mi cabeza del suelo es durante las ocho horas que duermo. Pocas veces me acuerdo de lo que sueño. De repente mi cara desea ser la cara de esa moneda encontrada, tumbarme y presionar mi oreja contra el suelo para escuchar lo que sucede debajo de mí. El suelo corta el mundo en dos, dibuja la partida entre el arriba y el abajo, como los muros bicolores que veré en septiembre. El día apenas ha comenzado. Despego el collage de imágenes fijadas a las paredes del estudio. Algunas las sitúo sobre el suelo. Otras vuelven al cuaderno. Tumbo varias piezas inacabadas. Recupero restos del pasado, mis fantasmas diarios. Durante horas los cambio de posición y forma, como lo hace el ciclo del agua. Pueden ser distintos siendo lo mismo. Un gesto lo cambia todo. Permito que las piezas se reclinen, se acuesten, se fragmenten, muten. Necesito verlas en horizontal, verlas de otra manera, como quiero verme a mí. Aparece el blanco. El blanco lo cubre todo. Todo lo invade. De repente tengo mis ojos en perpendicular al suelo y mi cuerpo está tumbado. Estoy como mis obras. Mis obras son yo. Me incorporo.

Regreso a casa, repito el camino, pero a la inversa. La moneda está en mi bolsillo, contándole a las otras lo que ha escuchado por los suelos. 40 minutos más tarde llego. Abro la puerta. Entro. Descubro mi cuerpo. Me alimento. Me queda un rato para volver a estar en horizontal, para volver a cerrar los ojos, para volver a empezar a crecer, a recuperar estatura. Van a regresar los deseos y los miedos. Lo sé. Es la noche. Es estar así. Voy a volver a dividir el espacio de mi habitación con mi cuerpo. Varias religiones dicen que algo parecido sucederá conmigo: un día me dividiré y una parte irá hacia arriba y la otra quedará abajo. Quizás eso es lo que escucha la moneda al poner su oído contra el suelo.